

facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos: como son enriquecer el poeta, considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas mas altas y de mayor importancia, y abrir camino para que á su imitacion los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tiene campo abierto, fácil y espacioso, por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados, que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra; de lo cual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos con desco de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon para ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicacion deste libro, sino porque no sabria determinarme destos dos inconvenientes cuál sea el mayor: ó el de quien con lijereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recibido, temprano se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos, ó el que de puro escrupuloso, perezoso y tardío, jamas acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo solo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir y comunicar sus escritos. De manera, que así como la osadía y confianza del uno podria condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede, asimismo el recelo y la tardanza del otro es vicioso, pues tarde ó nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejantes para pasar adelante sus ejercicios. Huyendo destos dos inconvenientes no he publicado ántes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo más tiempo guardado, pues para mas que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesia latina fué calumniado en algunas de sus églogas por haberse levantado mas que en las otras; y así no temeré mucho que alguno condene haber mezclado razones de filosofia entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiéndolo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace), que muchos de los disfrazados pastores della lo eran solo en el hábito, queda llana esta objecion. Las demas que en la intencion y en la disposicion se pudieren poner, discúlpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fué de agrandar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de mas gusto y de mayor artificio.

AL AUTOR, POR VARIOS INGENIOS.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

Mientras del yugo sarracino anduvo
Tu cuello preso y tu cerviz domada,
Y allí tu alma al de la fe amarrada
A mas rigor, mayor firmeza tuvo,
Gozóse el cielo; mas la tierra estuvo
Casi viuda sin tí; y desamparada
De nuestras musas la real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana y tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas bárbaras confusas,
Descubre claro tu valor el cielo;
Gózase el mundo en tu felice vuelta,
Y cobra España las perdidas musas.

DE D. LUIS VARGAS MANRIQUE.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran CERVANTES, los dioses soberanos,
Y cual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza
De palabras que mueven pedernales,
Diana en exceder á los mortales
En castidad de estilo con presteza.
Mercurio las historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido y Venus todos sus amores,
Apolo las canciones concertadas,
Su ciencia las Hermanas todas nueve,
Y al fin el dios silvestre sus pastores.

DE LOPEZ MALDONADO.

Salen del mar y vuelven á sus senos
Despues de una veloz larga carrera,
Como á su madre universal primera,
Los hijos della largo tiempo ajenos.
Con su partida no la hacen ménos,
Ni con su vuelta mas soberbia y fiera,
Porque tiene quedándose ella entera,
De su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos, ó Galatea extremada,
Los rios, los loores premio y fruto
Con que alcanzáis la mas ilustre vida
Por mas que deis, jamas seréis menguada,
Y ménos cuando os den todos tributo:
Con él vendréis á veros mas crecida.

LA GALATEA.

LIBRO PRIMERO.

MIENTRAS que al triste lamentable acento
Del mal acorde son del canto mio,
En eco amargo del cansado aliento
Responde el monte, el prado, el llano, el rio.
Demos al sordo y presuroso vieito
Las quejas, que del pecho ardiente y frio
Salen á mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.
Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este rio, y de este prado
Las variadas flores son abrojos
Y espigas que en el alma se han entrado:
No escucha el alto monte mis enojos,
Y el llano de escucharlos se ha cansado;
Y así un pequeño alivio al dolor mio
No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.
Crei que el fuego, que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sutil con que los dioses prende,
Y la furia y rigor de su saeta,
Que así ofendiera como á mí me ofende,
Al sugeto sin par que me sujeta;
Mas contra una alma que es de mármol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo y flecha.
Yo sí que al fuego me consumo y quemó,
Y al lazo pongo humilde la garganta,
Y á la red invisible poco temo,
Y el rigor de la flecha no me espanta:
Por esto soy llegado á tal extremo,
A tanto daño, á desventura tanta,
Que tengo por mi gloria y mi sosiego
La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio, pastor, en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, cuanto la fortuna y el amor escasos; aunque los discursos del tiempo, consumidor y renovador de las humanas obras, le trujeron á términos, que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se habia visto, y en los que su deseo le habia puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida; y aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fué de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas y al discreto trata de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichasos de parecerla en algo, así en la discrecion como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea habia adornado. Fué querida y con entrañable ahinco amada de muchos pastores y ganaderos, que por las riberas del Tajo su ganado apacentaban: entre los cuales se atrevió á quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor, quanto la virtud y honestidad de Galatea permitia. De Galatea no se entiende que aborreciese á Elicio, ni ménos que le amase; porque á veces, casi como convencida y obligada á los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al cielo; y otras veces sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdñaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocia. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto á Elicio; por lo otro, Elicio no podia, ni de-

bia, ni queria olvidar á Galatea. Pareciale á Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que seria demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio que pues Galatea no desdñaba sus servicios, que tendrian buen suceso sus deseos; y cuando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro lo que Elicio en el alma traia; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedábase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que á la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se trasformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de perderla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y así un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallándose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurrón un polido rabel (al son del cual sus querellas al cielo cantando comunicaba), con voz en extremo buena cantó los versos siguientes:

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvio.
Ni ensoberbezca el contento:
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfia),
No huyas el alegría,
Ni ménos cierras la puerta
Al llanto que amor envia.

Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la lleves tan corrida,
Ni subas do no se espera
Sino muerte en la caída:
Esa vana presuncion
En dos cosas parará,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.

Dél naciste, y en naciendo
Pecaste, y págalo él,
Huyes dél, y si pretendo
Recogerte un poco en él,
Ni te alcanzo, ni te entiendo
Ese vuelo peligroso
Con que te subes al cielo
(Si no fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso y tu reposo.

Dirás que quien bien se emplea
Y se ofrece á la ventura,
Que no es posible que sea
De tal juzgado á locura

El brio de que se arrea ;
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,
Cuanto mas si le conviene
Al alma y al corazon.

Yo lo tengo así entendido ;
Mas quiero desengañarte,
Que es señal ser atrevido,
Tener de amor menos parte
Que el humilde y encogido :
Subes tras una beldad
Que no puede ser mayor :
No entiendo tu calidad,
Que puedas tener amor
Con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
Un sugeto levantado,
Contéplalo, y se retira
Por no ser caso acertado
Poner tan alta la mira :
Cuanto mas que el amor nace
Junto con la confianza,
Y en ella se ceba y paca,
Y en faltando la esperanza
Como niebla se deshace.

Pues tú que ves tan distante
El medio del fin que quieres,
Sin esperanza y constante
Si en el camino murieres,
Morirás como ignorante :
Pero no te se de nada,
Que en esta empresa amorosa
Do la causa es sublimada,
El morir es vida honrosa,
La pena gloria extremada.

No dejara tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonaran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hácia el lugar donde estaba se venia. Era Erastro un rústico ganadero; pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesion, haciéndole querer mas que á su vida á la hermosa Galatea, á la cual sus querellas, cuando ocasion se le ofrecia, declaraba. Y aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto, que cuando en ellas hablaba parecia que el mismo amor se las mostraba y por su lengua las proferia; pero con todo eso (puesto que de Galatea eran escuchadas), eran en aquella cuenta tenidas en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendia del ingenio de Galatea que á cosas mas altas la inclinaba, ántes tenia lástima y envidia á Erastro; lástima, en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos: envidia, por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venia Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejas, que debajo de su amparo están seguras de los carnívoros dientes de los hambrientos lobos, holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el título que su condicion y ánimo merecia: á quién llamaba Leon, á quién Gavilan, á quién Robusto, á quién Manchado; y ellos como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él daban á entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro adonde de Elicio fué agradablemente recibido y aun rogado, que si en otra parte no habia determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarlo en su compañía. Con nadie, respondió Erastro, la podría yo

tener mejor que contigo, Elicio, si ya no fuese con aquella que está tan enrobrecida á mis demandas, cuan hecha encina á tus continuos quejidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar á sus anchuras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales conocia claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocia esta verdad, en medio de sus pláticas entre otras razones le dijo las siguientes:

No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamas imaginé de enojarte; ni de Galatea quise otra cosa que servirle. Mala rabia ó cruda roña consume ó acabe mis retozadores chivatos y mis ternuzuelos cordeillos; cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse sino amargas tueras y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria; y si otras tantas no he andado á los médicos y curas del lugar á que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé qué bebedizos de paciencia: los otros dicen que me encomiende á Dios, que todo lo cura, ó que todo es locura.

Permiteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades y extremadas gracias y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoy obligado á tu merecimiento: que puesto que no me la diceses, tan imposible sería dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase. No pudo dejar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comediamento con que la licencia de amar á Galatea le pedia; y así le respondió: No me pesa á mí, Erastro, que tú ames á Galatea: pésame bien de entender de su condicion, que podrán poco para con ella tus verdaderas razones y no fingidas palabras; déte Dios tan buen suceso en tus deseos, cuanto merece la sinceridad de tus pensamientos: y de aquí adelante no dejes por mi respeto de querer á Galatea, que no soy de tan ruin condicion, que ya que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan: ántes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te nuestro, que no me niegues tu conversacion y amistad, pues de la mia puedes estar tan seguro, como te he certificado: anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados: tú al son de tu zampoña publicarás el contento ó pena que el alegre ó triste rostro de Galatea te causare; yo al de mi rabel, en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas, á la fresca sombra de los verdes árboles de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los míos.

Y para señal de nuestro buen propósito y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras de estos árboles, y el sol hácia el occidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al ejercicio que de aquí adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro; ántes con muestras de extraño contento, por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su

zampoña y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que se sigue:

ELICIO.

Blanda, suave, reposadamente,
Ingrato amor, me sujetaste el dia
Que los cabellos de oro y bella frente
Miré del sol, que al sol oscurecia :
Tu sosiego cruel, cual de serpiente
En las rubias madejas se escondia,
Yo por mirar el sol en los manojos,
Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

Atónito quedé y embelesado,
Como estaba sin voz de piedra dura,
Cuando de Galatea el extremado
Donaire vi, la gracia y hermosura :
Amor me estaba en el siniestro lado,
Con las saetas de oro (¡ay muerte dura!)
Haciéndome una puerta por do entrase
Galatea, y el alma me robase.

ELICIO.

¿Con qué milagro, amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue,
Y de la llaga interna que le has hecho
Crecida gloria muestra que consigue?
¿Cómo el daño que haces es provecho?
¿Cómo en tu muerte alegre vida vive
El alma que prueba estos efectos todos?
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, ó hecho por tal arte,
Que si uno en él se mira, retratados
Se ve una multitud en cada parte;
Cuantos nacen cuidados y cuidados
De un cuidado cruel que no se parte
Del alma mia á su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve y colorada rosa,
Que el verano no gasta, ni el invierno,
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, y á do estará in eterno
La voz cual la de Orfeo poderosa
De suspender las furias del infierno,
Y otras cosas que vi quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos mejillas,
Y el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegó á sus maravillas,
Dos rayos, dos hileras extremadas
De perlas entre grana, si hay decillas,
Mil gracias, que no tienen par ni cuento
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero,
Estoy lejos y cerca de mí mismo,
Espero en solo un punto y desespero,
Subome al cielo, bajome al abismo,
Quiero lo que aborrezco: blando y fiero
Me pone el amaros paraíso :
Y con estos contrarios paso á paso
Cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
Todo cuanto en la vida me ha quedado
A Galatea, porque me volviera
El alma y corazon que me ha robado :
Y despues del ganado, le añadiera
Mi perro Gavilan con el Manchado ;
Pero como ella debe de ser diosa,
El alma querrá mas que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
Es puesto por el hado, suerte ó sino,
Quererte derribar por fuerza ó arte,
Ó diligencia humana, es desatino :
Debes de su ventura contentarte ;
Que aunque mueras sin ella, yo imagino
Que no hay vida en el mundo mas dichosa
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, cuando sintieron, por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido,

y levantándose los dos en pié por ver lo que era, vieron que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada: y que tras él venia otro ligero pastor, que á pocos pasos alcanzó al primero, y asiéndole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el aire cuanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traia se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo: Recibe, ó mal lograda Leónida, la vida deste traidor, que en venganza de tu muerte sacrificio. Y esto fué con tanta presteza, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbárselo, porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras: Dejárame, Lisandro, satisfacer al cielo con mas largo arrepentimiento el agravio que te hice, y despues quitárame la vida, que ahora por la causa que he dicho, mal contenta de estas carnes se aparta; y sin poder decir mas, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las cuales palabras imaginaron Elicio y Erastro, que no con pequeña causa habia el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntárselo al pastor homicida; pero él con tirado paso, dejando al pastor muerto, y á los dos admirados, se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber dél lo que deseaba, le vieron tornar á salir del hosque, y estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dijo: Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haber hecho en vuestra presencia lo que habeis visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenia concebida no me dió lugar á mas moderados discursos: lo que os aviso es, que si no quereis enojár á la deidad que en el alto cielo mora, no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traidora de aqueese cuerpo que delante tenéis, ni á él déis sepultura, si ya aquí en vuestra tierra no se acostumbra á darla á los traidores; y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese; y así se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente habia acabado el curso de sus cortos dias. Erastro fué á su cabaña, que no lejos estaba, y trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba, y dándole el último vale, le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso, se volvieron á sus ganados, y recogidos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á mas andar por las puertas del occidente, se recogieron á sus acostumbrados albergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedian, podian apartar á Elicio de pensar qué causas habian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél, si fuera posible, lo que deseaba. Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, despues de haber dejado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solia, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algun solitario lugar adonde en el silencio de la noche con mas quietud pudiese soltar la

rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad, despectadora de memorias tristes ó alegres. Y así yéndose poco á poco, gustando de un templado céfiro que en el rostro le heria, lleno de suavísimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba envuelto en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbaba de oír lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas dél estaban, la enristecida voz salía; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba: Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á tí mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza sino de tí mismo: ¿de qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado, porque no hay cosa mas fuera de remedio que nuestra desventura; pues quien la pudiera hacer buena la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carnicero cuchillo que se la quitase por la traicion del malvado Carino, que hoy con perder la suya habrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leónida, si en la celeste parte donde mora puede haber deseo de venganza alguna. ¡Ah, Carino, Carino! ruego yo á los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oídas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traicion que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, así como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mallograda Leónida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida con el que de tu muerte recibo; pues sería poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase: tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, cómo este miserable cuerpo quedará un día consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento: bien así como la mojada y encendida pólvora, que sin hacer estrépito ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dejar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme cuanto puede dolerme, ó alma del alma mia, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y virtud convenían; pero yo te prometo y juro, que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada ánima mia rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merecimientos. A este punto cesó la voz, por la cual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podría saber dél lo que deseaba; y queriendo llegar mas cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero si al son dél alguna cosa diría, y no tardó mucho que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba:

LISANDRO.

Oh alma venturosa,
Que del humano velo
Libre al alta region viva volaste,
Dejando en tenebrosa
Cárcel de desconsuelo
Mi vida, aunque contigo la llevaste:
Sin tí, escura dejaste
La luz clara del día,
Por tierra desribada
La esperanza fundada
En el mas firme asiento de alegría:
En fin, con tu partida
Quedó vivo el dolor, muerta la vida.

Envuelto en tus despojos
La muerte se ha llevado
El mas subido extremo de belleza,
La luz de aquellos ojos
Que en haberte mirado
Tenian encerrada su riqueza:
Con presta lijereza
Del alto pensamiento,
Y enamorado pecho
La gloria se ha deshecho,
Como la cera al sol ó niebla al viento;
Y toda mi ventura
Cierra la piedra de tu sepultura.

¿Cómo pudo la mano
Inexorable y cruda,
Y el intento cruel, facineroso
Del vengativo hermano
Dejar libre y desnuda
Tu alma del mortal velo hermoso?
¿Por qué turbó el reposo
De nuestros corazones?
Que si no se acabaran,
En uno se juntaran
Con honestas y santas condiciones.
¿Ay, fiero mano esquivada,
Cómo ordenaste que muriendo viva!

En llanto sempiterno
Mi ánima mezuquina
Los años pasará, meses y días:
La tuya en gozo eterno,
Y edad firme y confina
No temerá del tiempo las porfias:
Con dulces alegrías
Verás firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merecida;
Y si puede caber en tu memoria
Del suelo no perderla,
De quien tanto te amó debes tenerla.

Mas, ¡oh cuán simple he sido,
Alma bendita y bella!
De pedir que te acuerdes ni aun burlando
De mí que te he querido,
Pues sé que mi querrela
Se irá con tal favor eternizando:
Mejor es, que pensando
Que soy de tí olvidado,
Me apriete con mi llaga,
Haga que se deshaga
Con el dolor la vida que ha quedado,
Con tan extraña suerte,
Que no tiene por mal el de la muerte.

Goza en el santo coro
Con otras almas santas,
Alma, de aquel seguro bien eterno,
Alto, rico tesoro,
Mercedes, gracias tantas,
Que goza el que no huye el buen sendero.
Allí gozar espero,
Si por tus pasos guio,
Contigo en paz entera
De eterna primavera
Sin temor, sobresalto ni desvío;
A esto me encamina,
Pues será hazaña de tus obras dina.

Y pues vosotras, celestiales almas,
Veis el bien que deseo,
Creced las alas á tan buen deseo.

Aquí cesó la voz, pero no los suspiros del desdichado que cantado habia, y lo uno y lo otro fué parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quién era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto á do la voz salía; salió á un pequeño prado, que todo en redondo á manera de teatro de espesísimas é intrincadas matas estaba ceñido, en el cual vió un pastor que con ex-

tremado brio estaba con el pié derecho delante y el izquierdo atras, y el diestro brazo levantado, á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y así era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas habia hecho, pensando ser alguna fiera (de la cual convenia defenderse el pastor del bosque), se habia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su apostura su intento, ántes que le efectuase, le dijo: Sosiega el pecho, lastimado pastor, que el que aquí viene trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lágrimas y turbar el alivio que de estar solo se te podria seguir. Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor, y con no ménos blandura le respondió, diciendo: Tu buen ofrecimiento agradezco, cualquiera que tú seas, comedido pastor; pero si ventura quieres saber de mí, que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oído, muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes; pero no ménos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos; y así la fortuna te los dé en lo que desees, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no me lo impide; aunque para asegurarte y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto que es razon las miserias que me contares: esto te digo, porque sé que no hay cosa mas excusada y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides, así porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oído, como porque conozcas que aun es muy poco el sentimiento que muestro á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradeció mucho, y despues de haber pasado entre los dos mas palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentándose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podia, el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor, comenzó á decir desta manera.

En las riberas de Bétis, caudalosisimo rio que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre desdichado mio), y de tan nobles padres, cual pluguiera al soberano Dios que en mas baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no ósara jamas levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás, si con atención me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leónida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra, según yo imagino, pudiera hallarse: de no ménos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecian. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los mas principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada

vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo vino á poner entre ellos cizaña y mortalísima discordia; de manera, que el pueblo fué dividido en dos parcialidades: la una seguía la de mis parientes, la otra la de los de Leónida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó pues la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leónida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario: fué mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venía á parar á quedar mas vencido y sajeto. Poníame delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leónida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponía los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leónida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

Habiendo pues por muchos dias combatido conmigo mesmo, por ver si podria apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con cuál podria dar á entender á Leónida el secreto amor de mi pecho: y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosísimos, hasta que el mismo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están mas cerradas, y así se pareció en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en grande extremo amiga de Leónida, y muchas veces la una á la otra en compañía de sus padres en sus casas se visitaban: Tenia Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leónida, cuya bizarría y aspereza de costumbres le habian dado renombre de cruel, y así de todos los que le conocian el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni mas ni ménos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del cual y de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad; al parecer posible; á lo ménos de parte de Silvia fué mas firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacia obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazón de Crisalvo se movió á amarla: y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de allí á muchos dias; y ya que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un dia ofreciéndome comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que aunque era tan profunda y peligrosa, no lo sentia yo tanto, solo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiéndole ansimismo el honesto fin á que mis pensamientos se enca-